

Este ensueño va forjándose en mi cerebro, mientras mis ojos se clavan en las transparencias verdosas y siguen con envidia el volteo de los delfines.

Fondo oscuro del Océano, á cuyas grandes profundidades ni el mismo sol llega, ¿qué hay dentro de tí? Iluminado por fosforescencias esmeraldinas, ¿eres visión de sublimes encantos? Sin luz alguna, ciego y sordo, ¿eres sepulcro donde todo muere y se extingue?

¡Quién sabe! Por la llanura verde desmayan lentas y tendidas las olas; el padre Sol, hace de la espuma joyel, la brisa canta amores, una gaviota aletea bajo lo azul.

¡Allá va la gaviota! ¿Dónde va? ¿Dónde van las olas que por junto al barco desmayan? ¿Dónde iré yo que las contemplo y sigo pensativo mi viaje?...



## Mi amigo el grumete.

Mientras el capitán Barrosa va á la casa consignataria y la tripulación mete sacos de azúcar en el fondo de las bodegas, charlo yo, bajo el puente, con el grumetillo de á bordo.

La costa de Motril es, según gráfica expresión del primer oficial del *Felisa*, no una costa, un espejo, donde Marruecos se retrata. Paisaje, cultivos y personas, hasta el habla gutural de los cargadores, son marroquíes. Por cerca de mí anda un botero que parece hermano del famoso Valiente.

Aún persiste, aún hierve en Motril, triunfando de persecuciones y cruces, la sangre de los moriscos que pelearon contra los Felipes; aún son los cargadores motrileños, reunidos



sobre la playa, con las manos metidas en la faja, los calzones flotando á media pierna y el ancho pañuelo de colores ahuecándose en sus cabezas, fiel trasunto de los guerreros que acaudilló el alpujarreño sultán.

Cree uno, viendo á estos hombres, de árabe encarnadura, volver las pupilas hacia el último pico serrano, coronado de nieve, que los tiempos retornan, que los moriscos se reúnen para combatir á los Austrias, y que, antes de hacerlo, evocan al Muley-Hazen legendario, dormido entre la nieve, con su tesoro por almohada y su alfanje vencedor en la diestra.

No hay tales rebeldes. Los cargadores mo-  
trileños sólo piensan en meter el azúcar dentro de sus barcazas, para transportarlo al vapor; en cobrar sus jornales, en devorar el rancho de pescado, en proseguir su existencia de monótona esclavitud. Ni por oídas conocen la fábula del pico. Aunque la conociesen y la fábula se tornara realidad, ¿de qué les serviría? El tesoro de Muley-Hazen no sería para ellos; tampoco el alfanje de Muley aliviaría sus

miserias. De ellos propios ha de venir su rendición.

\*  
\*\*

Mi amigo el grumete no contará los catorce años; tiene la agilidad de un mono; nació en Villagarcía, y le pusieron de nombre Victoriano. Sus ojos son verdes, su nariz chata, su boca grande; pero en sus ojos hay inteligencia, y en su boca bondad. La piel de su cara tira al bronce, parte por obra de la mar, parte por caricias del humo que despiden las chimeneas.

Da gozo mirarle subir por las escalas tembladoras que á los palos conducen, y andar por cima de éstos, entre los balances del barco, como si anduviera por un salón. Agarrar con entrambas manos una cuerda, cruzar sobre ella los dos pies y encaramarse á cubierta desde una lancha, es juego para esta humana ardilla. A más de esas y otras habilidades, el chico friega platos, monda patatas, deshoja coles y lechugas, descama pescados, sirve el matutino café y fuma en pipa como una persona mayor.



Desde los ocho años faena por la mar. Sus padres son misérrimos pescadores; sus hermanos llegan á la docena; cada uno de ellos necesitó arrimar pronto el hombro para proveer á la común pitanza.

Cuatro años anduvo con su padre, cobrando á los peces tributo. Ya va para dos años que oficia de marino formal, haciendo viajes *charco* adentro y soportando, como un veterano, bo-rascas, vendavales y nieblas.

A la edad en que otros niños ríen y juegan al aire y al sol, andaba él sobre la barquilla paterna tendiendo redes, aferrando velas, dando impulso á los remos, empuñando la caña del timón. Ahora, en la época, que los padres de otros muchachos destinan á preparar y cimentar la vida de éstos, gana Victoriano la suya, jugándola, en peligroso envite, con el viento y las olas.

No es por eso triste y disgustada la expresión del rapaz; alegre y esperanzada es. El grumetillo no teme ú odia la pelea por la existencia; la conlleva y arrostra entonando cantares. Es más; está decidido á ganarla.

Así me lo dice en la conversación que mantenemos bajo el puente:

—¡Bah, don Joaquín, no seré yo el único!... Otros hay que lo empezaron como yo. Todo está en tener un poquin de suerte y en darse al estudio á cuenta de holgazanear por la mura. Para todo da el tiempo. Yo, téngolo. En Villagarcía aprendí sus mijas de letra; aquí, en el barco, voy aprendiendo poco á poco de números; la brújula, ya entiéndola. ¡Quién sabe, don Joaquín! Quizás que no siempre monde patatas y destripe pescaos. Da que da el mundo muchas vueltas. Ahora, que hace falta empujarle. Sinon, quieto sigue, y uno no anda tampoco.

Habla el chico con gravedad, con solemnidad, chupando lentamente su pipa, dejando ir ancho el humo y poniendo sus ojos en los límites del azul.

Aprovecho una de sus pausas para dirigirle esta pregunta:

—Tus pretensiones, ¿cuáles son, Victoriano?

—¿Mis pretensiones, ¿don Joaquín? Hacerme



piloto y mandar un barco y andar por el agua, hasta que el agua se me trague ó pueda retirarme con unos billetes del Banco en la cartera y una pipa de espuma de mar, con boquilla de ámbar, en la boca.

—Alto picas.

—Ello no me quita de picar la bomba á su punto. Lo que le dije. Hay tiempo para todo; los días son largos. En la mar pónese el sol más tarde que en la tierra.

—¿De manera que capitán?

—¿A ver? No siempre va á ser grumete un hombre. A mí el tesón no fáltame. Con un cabo que me echen, estoy en puerto, créalo. Otros, como yo comenzaron, y salieron aplicadiños é hicieronse lugar, y hablóse de ellos en la casa consignataria. Vino un alma buena y díjole al rapaz: "Avante"; y el rapaz aprendió y ganóse el título, y marineando anda y desde el puente organiza la maniobra y embólsase los buenos duros. Tamién grumeteó; tamién pensó y platicó, como yo, debajío del puente. Ahora, arriba se está. ¿Qué le parece, don Joaquín? ¿No serviré para lo mesmo?

Hay en los ojos del grumete una terquedad dulce; en sus labios, una sonrisa de firme confianza. Como presente mira ya el porvenir.

Tienen grandeza los ensoñares de este niño, que, sin familia protectora, sin recursos, sin instrucción casi, da cara á la vida y la desafía desde el entrepuente del vapor donde monda patatas.

—¡Ojalá—digo, golpeando afectuosamente el hombro del grumete—esas esperanzas se cumplan!

—¿Por qué no?—responde.—Seré capitán. Lo seré, porque quiero serlo.

Y guardando la pipa entre los pliegues de su faja, se ase de una escala y trepa por ella, entonando un cantar.

A lo más alto sube, quizás para ver más futuro. Su cuerpo va y viene sobre el palo, como va y viene la esperanza en el interior de su espíritu.





## Sinfonía en gris

¡U... u... u... ul... El silbo del buque me despierta.

Señal de arribo á puerto no es. Faltan muchas horas para que surja Cádiz del Atlántico.

¡U... u... u... ul... Vuelve á gruñir el silbo; ¡u... u... ul..., repite una vez y otra, espaciando y alargando sus ecos.

Me incorporo sobre la litera y miro por el ventanillo. Sólo veo una densa cortina que flota junto al cristal redondo.

Salto de la cama, me visto precipitadamente y subo á cubierta.

Al abrir la puerta que cierra la caseta de popa, métese en ésta una bocanada de humo frío. Cegado por él, salgo al espacio libre.



El *Felisa* se bambolea, prisionero dentro de una campana gris. Buscan mis pupilas el cielo y no lo ven; buscan el mar, y no lo ven tampoco. El mismo buque se ve á medias, desdibujado, impreciso de líneas, difumándose, desvaneciéndose hacia proa, como una legendaria visión.

Adelantando mis dos manos en palma, me dirijo hacia el puente. Ando á tropezones, apartando con los dedos cortinajes húmedos, que se pliegan sobre mi piel y meten por ella frialdades viscosas; hasta el tuétano de mis huesos las siento penetrar.

Es la niebla, bajando de la atmósfera como una lluvia de cenizas, subiendo del mar como un vaho de incendio; robando cielo y mar á las miradas de los hombres; borrándolos súbito, á un solo brochazo de su paleta gris.

Desde el puente entreveo á los marineros ir y venir sobre la cubierta de proa. Parecen navegantes espectros, maniobrando en un buque fantasma. Los resoplidos de la chimenea son alentares angustiosos; el silbo se queja con plañideros y desmayados sonos; los toques

de aviso, dados por el capitán á la máquina, recuerdan la campanilla del Viático; los vidrios del puente lloran ancho, pausado, sin que unas lágrimas alcancen á la otras; la arboladura gime; el mar se queja al romper y partirse contra el acero de la quilla.

Es una gran tristeza la que trae la niebla al espíritu; es un gran desmayo el que pone en nervios y músculos; la carne se estremece, la voluntad se achica, el pensamiento se desploma. Sin querer, los párpados se cierran, los brazos caen á lo largo del cuerpo; siéntense ganas de envolverse en la niebla, como en un gigante sudario, y dejarse caer á lo invisible.

¡La niebla en el mar!... Es algo siniestro: es la soledad uniéndose con la ceguera. Por todo espectáculo, un muro lechoso, que se abre ante nosotros pausada y trabajosamente, para cerrarse tras nosotros con brusca rapidez; si miramos al cielo, la niebla lo encubre, formando sobre nuestras cabezas una bóveda funeraria; si miramos al Océano, la niebla se interpone, flotando por encima de él, espesándose junto á las aguas, dejando apenas



que nuestros oídos perciban su rumor. Ni un pájaro en el aire, ni una luz en la lejanía. El gris, siempre el gris, dominándolo, absorbiéndolo todo, enseñoreándose del espacio, de la tierra, del mar, tendiendo sobre los tres un lienzo monótono y tristón donde imágenes, que la niebla difuma, van y vienen con vaguedad hosca, con receloso titubeo.

¡Las imágenes de la niebla!... Allá, un manchón obscuro se recorta como una cordillera; acá, jirones blancuzcos oscilan, tal que si fuesen el velamen de un buque; á este lado, los golpes de aire desprenden un cacho de vapor; pasa él frente á nosotros remedando una ave monstruosa, que nos amenaza con sus garras y con su pico; más lejos, modelan los dedos de la niebla un fantasma de criatura femenina, envuelta en ropones, caído contra el rostro un amplio velo de viudez; más lejos aún, es un espectro, encapuchado con el remate de los paños mortuorios, que extiende su brazo y graba con el índice, en una colosal pizarra, emplazamientos y anatemas...

Imágenes que la niebla con la misma niebla

dibuja, ¡todas sois crueles, todas ponéis en el espíritu amargura y terror! Os veo flotar ante mí y cierro los ojos. ¡Como si cerrarlos bastara á librarme de tristezas y de temores! ¡Como si los besos viscosos y húmedos de la niebla no rozaran mi piel! ¡Como si el mar no subiera hasta mis oídos el son de sus quejas! ¡Como si el silbo de los buques no siguiera desgarrando el espacio con sus temerosos gruñidos!...

No hay forma de luchar con las visiones y las tristuras de la niebla. Menos aún de combatir en el mar con ella.

Con el huracán desencadenado, con las aguas furiosas, con las espumas y los vientos, el marino sabe pelear; los ve, los observa; puede medir su alcance, sus velocidades, su empuje; puede manejar diestramente su barco, como el guerrero maneja su corcel: puede morir, es cierto; pero si muere, muere dando cara al peligro, volviendo los ojos á la luz, contemplando la sepultura verde, que se abre generosa y cortés para recibir su cadáver.

Con la niebla, no. El buque es un ciego, con-



ducido por un lazarillo que lleva una venda en los ojos. Un barco que llega, un escollo que no se advierte, una corriente que la niebla ha impedido salvar, provocan súbitamente la catástrofe. El barco ciego da un crijido, el agua entra por él y todo concluyó.

La muerte viene; pero no trágica, grandiosa, á plena luz, en lucha franca con las olas y el viento; viene solapada y artera; hierde en hipócrita. El buque cae sin saber dónde; los hombres sucumben sin decir adiós á la luz, sin recoger la visión última del mundo, sin desafiar á las olas que han de recibir su cadáver... Sucumben, sin lucha y sin gloria. Muerte estúpida, muerte ruin para un marinero, la de morir tragado por la niebla, no sacudido por el vendaval y machacado por las olas.

Entre la niebla voy; hundido en ella paso por frente al republicano Portugal. Ni aun al lejos pueden mis ojos españoles contemplar las fronteras de un pueblo libre.

Más se espesan los cortinones grises cuando enfrenta el *Felisa* con el cabo de San Vicente. A dos metros de distancia, todo se hace

tinieblas; el mismo buque es una sombra.

Sombra soy también. Sombra que se alza sobre el puente, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y los ojos perdidos en los pliegues de la cortina gris...





## Gaditana.

Blanca y coquetona, emperejilada con las flores de sus azoteas, con los macetones y fuentecillas de sus patios, Cádiz rinde pleitesía al viajero, brindándole el disfrute de sus calles limpias y llanas, el encanto de sus jardines, el historial de sus hazañas, el trato señoril de sus hombres, la gracia gentil de sus mujeres.

En esta Andalucía, donde Granada y Córdoba son árabes sultanas, reclusas en su Alhambra de encaje y en su mezquita, con troncos y hojas de palmera labrada; donde Jaén es la campesina robusta; Huelva y Almería, las tiznadas y valientes mineras; Málaga, la playera ternejal y rumbosa; Sevilla, la gitana,



toda gracia y pasión, Cádiz es la dama cortés, maestra en patricia urbanidad.

Hoy parece aún más hospitalaria.

Antes, el viajero había de hacer alto frente á las murallas para que le abriesen el camino de la ciudad. Hoy, caídas sus murallas, la ciudad está de par en par abierta, dejando paso libre á su caserío de nácar, á sus plazuelas y paseos, ensombrecidos por ramajes, perfumados con esencias de jazmines y nardos, alegros por el rumor de las fontanas y por las canciones de la brisa, que suena dulce entre los árboles ó va y viene al libre, bajo las azules transparencias del cielo.

Mientras hace carga el *Felisa*, yo, recostado contra una silla, en un café del puerto, admiro el panorama ofrecido á mis ojos por el mar, rizado con las caricias del Levante, y por la tierra esmaltada con pueblecillos marineros, que al largo de la costa se tienden.

San Fernando, Puerto Real, El Puerto, Chionona, se bañan en las aguas del Océano. Del Trocadero y de la Carraca vienen ruidos sordos, fatigosos jadeares de la faena jornalera,

resoplidos de las chimeneas fabriles, choques metálicos del martillo en los yunques. De Puerta de Tierra llegan ruidos alegres: tañeres de guitarra, repiqueo de crócalos, ecos de andaluzas canciones, vocerío de *juergas* sazonadas con la manzanilla de Sanlúcar, con las *bocas* isleñas, con las sevillanas aceitunas, con las pescadillas que, todavía coleantes, caen en las sartenes, donde el aceite humea, y la mano diestra del freidor las revuelve y las dora.

En Puerta de Tierra y en sus risueños menderos reúnen la gente joven; la no joven muchas veces también, para alegrar la vida un rato, para distraer penas, si las hay, para prevenirse contra ellas, si no las hay entonces.

¡Días claros de sol los que allí se disfrutan, bajo el toldo natural que las enredaderas tején! ¡Noches poéticas de luna las que transcurren frente al mar, encima de las rocas, junto á la arena de la playa, viendo venir las olas y romper en airones blancos!...

Algunos de esos días, muchas de tales noches pasé en Puerta de Tierra cuando mis



años eran menos, cuando mi alma se despilfarraba imbécilmente en embriagueces de placer y de vino.

¡Malditas embriagueces que gastaron mi cuerpo y enloquecieron mi razón, haciéndome esclavo del vicio, metiéndolo dentro de mí con tal fuerza y tan hondo, que hoy arrancarlo es bárbara tarea que realizo solitario, perdidos, ó á punto de perderse, afectos que pudieron ser base y felicidad de mi vida...

En fin, ¡qué remedio! Vaya mi existir como vaya y acabe cuando el plazo le llegue. Pagada esta deuda, todas las otras se liquidan...

En Puerta de Tierra, bajo el toldo de las enredadas campanillas, se reúne y solaza el gaditano mocerío.

Desde mi silla le contemplo con la imaginación y miro el cuadro que forman las *ellas* y los *ellos* en torno á mesas, donde campean los manjares y dorea el Sanlúcar. Los vasos van de mano á mano y suben al aire y se vacian en las bocas, entre carcajadas y donaires. El *tocaor* rasguea la *sonanta*, acom-

pañando los tangos que entona un mozalbeta de gesto desgarrado y voz picara.

En el círculo que los jaleadores abren baila una moza pálida, de ojos y pelo negros, de boca sensual, de cintura angosta y pies menudos.

Nieta es de aquellas bailarinas, enviadas á Roma por Gádex, para regocijo de patricios y césares.

No ha desmerecido la casta. Cambiada fué la túnica por la falda de tres volantes y por el mantón de espumilla. A cuenta de sandalia, calzan los pies bajo zapato de charol. Si no ciñen las gargantas y las muñecas guirnaldas de claveles y pulseras de nardo, ciñen brazaletes y collares de aljófár; las rosas, que en brazo y pecho faltan, gallardean sobre los moños, peinados á la frigia. Cambió el traje, pero la hembra gadexiana subsiste con gentileza igual á la de aquellas bailarinas que disipaban el hastío y encendían la sangre de los patricios y los césares.

El baile de la hembra es nervioso, enervante, sensual. Sus pies van y vienen, á compás



del canto y de la música, trazando signos extraños en el suelo; las caderas retiemblan, el vientre ondula, el pecho se adelanta, los brazos se arquean en torno de la nuca y los ojos guiñan y la boca sonríe y el cuello gira, haciendo columpiarse á las flores que sobre el moño cabecean.

Así va y viene la bailarina gaditana, provocando con sus ademanes al deleite, brindando con su sonrisa al goce, hasta que, rendida, arrastrada por el eco último de la voz cantadora, por el postrer son de la guitarra, se desploma en brazos de uno de sus jaleadores, que hacia ella se curva y deja caer por entre sus labios un chorro de fresca manzanilla.

Escenas alegres, horas de embriaguez y lascivia, no con envidia, con remordimiento, os evoco, mientras ando por las calles de Cádiz puestos los ojos en las persianas y cortinas. Por ellas entreasoma la mujer gaditana, para ver sin ser del todo vista, para regalar al paseante un mirar rápido de sus ojos, una fugitiva sonrisa de su boca.

Al volver de una esquina, tropiezan mis

pupilas con un nombre, escrito en la pared, sobre unos baldosines blancos.

*Calle de Fermín Salvochea*, dice este letrero.

¡Salvochea!... Aquel gaditano no frecuentó los merenderos, no escuchó el son de las guitarras, no saboreó los vinos de Sanlúcar, no estrechó con sus brazos el cuerpo de las bailarinas de Gádex.

Y si alguna vez lo hizo, supo renunciarlo de golpe. Supo más: supo prescindir de los amores personales, de la personal bienandanza, para sacrificarse, para luchar por el amor, por el bienestar de todos los hombres.

Aquél fué grande, porque supo ser justo é implacable con él. Apóstol era, que caminaba por la tierra en traza de mendigo, proclamando el advenimiento de la futura sociedad; predicando el mundo por venir con austeros ejemplos; no como nosotros, apóstoles de baratillo, palabreros retóricos, que olvidamos la predicación hecha á los demás, cuando de nuestros egoismos y nuestros placeres se trata.



Aquél fué una gran figura de la moderna España.

Tal vez por eso, porque con la grandeza suya no se demostrara la pequeñez de otros, el pueblo de Cádiz no ha erigido estatua á Fermín Salvochea.



## Allá van

Málaga la bella llaman sus cantores á Málaga. Y bella es, transparentándose, como ciudad de ensueño, entre un mar azul prusia y un cielo azul turquí. Bella es, con belleza francamente andaluza, por obra de sus barrios alegres, de sus varones ternes y de sus hembras donairosas; la gracia brota allí de los labios como de las olas la espuma: fresca y salobre á un tiempo; los amores se dicen á son de guitarra y se disputan á golpe de cuchillo; las rejas son confesonarios donde la pasión va al oído por caminos de flores...

¿Si es hermosa y bravía la Málaga popular? Preguntádselo á Arturo Reyes, al que dibujó los paisajes del Palo, de La Coracha, del Bul-



to y La Goleta; al pintor sin rival de aquellos *flamencos y flamencas*, que se cubren las cabezas con anchos castoreños y se adornan las cabelleras con racimos de rosas. ¿Si es apasionada y rumbona la Málaga del señorío? ¡Preguntádselo á González Anaya, que tan prodigiosamente la retrata en su valiente y rebelde novela!

Quien no conozca Málaga, acuda á esos nobles autores; ellos se la mostrarán sobre hojas de imprenta á los que no hayan podido contemplarla bajo el fuego del sol, á la orilla del mar latino.

Ayer era triste la visión malagueña.

Los muelles estaban desiertos, sin carga prevenida, sin trabajadores que en ellos trajinaran. Grupos silenciosos de obreros iban y venían por frente de los barcos, vigilándolos, anotando sus nombres si, con ayuda de trabajadores *esquirols*, querían faenar.

Piden los obreros del muelle, en Málaga, que se equipare su jornal al de los restantes cargadores del Mediterráneo; ganan éstos siete cincuenta pesetas; seis, aquéllos; trabajan

los primeros nueve horas, y los segundos diez.

A simple vista, parece el jornal grande. ¡Treinta reales diarios! Ya es apreciable suma. ¡Ay, si fuesen diarios! Pero los obreros de muelle no trabajan diariamente; trabajan cuando hay carga; De suerte que, prorrateando las semanas, salen á dos ó dos cincuenta pesetas diarias. Menos mal que la faena es dura y no admite descanso.

Así y todo, el espectáculo de los trabajadores, que huelgan silenciosamente por el muelle de Málaga, es alentador. La huelga supone lucha, y donde hay lucha hay esperanza. Los obreros la tienen; aguardan en un triunfo, más ó menos próximo. Aún pueden bregar con la miseria y buscar en la tierra donde nacieron un mejor porvenir.

Hay otros que no aguardan. Amontonados en la proa de un vapor-correo que pondrá hacia América el rumbo, llevan las miradas al término del horizonte y dejan caer los brazos al largo de los cuerpos. Para ellos ya no hay vida en la tierra natal: el hambre apagó sus hogares, el trabajo rechazó sus músculos, la



caridad volvió la espalda á sus manos mendicadoras... Nada les resta, ni esperanza. Por eso huyen, por eso abandonan el suelo donde dieron el primer paso. A América van. ¿Qué hallarán en América? Según el *blanquero* contratador, pan abundante y habitación segura; según la realidad que nos trajeron otros, nuevas miserias y nuevos desengaños.

Seiscientos ó setecientos son los emigrantes. Hombres, niños, mujeres, todos destrozados de ropa, todos con la anemia en la sangre: todos, menos los niños, con la desesperación en las almas. Los niños aún sonríen al sol, aún gritan, alegres, al paso de las olas; aún van y vienen, correteando, revoloteando por entre los grupos astrosos, como mariposillas perdidas en un estercolero.

¡Qué van á hacer esos seiscientos miserables! Lo que hacen millares y millares de criaturas humanas en la España nuestra, falta de trabajo y sobrada de hambre. Huir, abandonar una patria donde los terrenos estériles se cuentan por miles de kilómetros, donde hay, en número afrentoso, valles y montes sin co-

lonizar todavía; donde la industria es pobre y el capital cobarde; donde los amos del dinero lo acrecientan con la hipoteca y con la usura; donde los Gobiernos no hacen más que *ir tirando*, sin preocuparse del presente y mucho menos del futuro.

Patria sin colonizar en más de su mitad; pueblo de usureros y analfabetos, de hambrientos y arbitristas, de logreros y de mendigos, ¡qué fácil fuera redimirtel...

Pero no haya cuidado. A cuenta de instruirnos en casa, nos metemos á dómynes de los extraños; á cuenta de curar el mal propio, la echamos de médicos para el ajeno mal; en vez de colonizar nuestra tierra, nos metemos á colonizadores de extranjero país; en vez de desmarroquizar á España, presumimos de europeizar á Marruecos.

Así nos va; así se despuebla España de españoles. Lo raro es que aún queden algunos de los que en el trabajo personal ponen su medio único de existencia.

El vapor-correo está pronto á zarpar. Una multitud, poco más ó menos tan andrajosa



como la que bulle en la proa del barco, se hacina junto á éste. Son las familias de los emigrantes, los que quedarán en la patria royendo los postreros mendrugos.

Una música suena, entonando aires populares, dentro del vapor. Es música de despedida. No tendrán los emigrantes queja. La patria no les dan pan, pero les da un concierto. Algo es algo.

El vapor zarpa. Cientos de pañuelos se agitan en el muelle; cientos de pañuelos les contestan desde encima del barco; algunos, muchos de estos pañuelos últimos, no llegan al aire, se detienen y se aprietan en los párpados de sus dueños para recoger lágrimas.

El correo hiende las aguas.

Allá van los miserables, los hambrientos; allá van, en busca del mendrugo.

La música toca una *matchicha*.



## ¡¡Aná!!

Fué un hecho sencillo, una impresión rápida y profunda; hiriente y dulce á un tiempo, como la herida producida por un estilete que llevase impregnado su acero con el bálsamo curador.

Acabábamos de llegar á Valencia. El *Felisa*, anclado pocos segundos antes, viraba, apoyándose en dos cabos de cuerda para recostarse contra el murallón de granito; los pasajeros, inclinándonos sobre la borda, mirábamos la maniobra de un vapor que entraba en el muelle, conduciendo soldados y presidiarios cumplidos de nuestras posesiones de Africa.

En el muelle aguardaban á que diese fondo el correo africano, multitud de personas, tra-